



La historia nunca se repite

FELIPE PIGNA (UNGS)
9 DE JULIO DE 2025

Vivimos tiempos de profundos cuestionamientos a valores que creíamos instalados definitivamente en el haber de la sociedad argentina. El pronunciamiento de la sentencia del Juicio a las tres primeras juntas de la última dictadura en diciembre de 1985, calificándola como perpetradora de “un plan criminal perpetrado por de Estado” ratificado por sucesivos juicios y condenas los represores; los derechos soberanos nacionales sobre las Islas Malvinas; la defensa del ecosistema; las cuestiones de género y la historicidad de nuestros pueblos originarios, parecían formar parte del patrimonio de una sociedad adulta que había aprendido de las lecciones de la historia. Pero, desde el regreso del neoliberalismo al poder en 2015 se puso en marcha una campaña mediática que se sostuvo

en el tiempo y recibió, últimamente, el “invalorable” aporte de los neofascistas autodenominados “libertarios”.

La idea no tiene nada de novedosa y se inscribe en la corriente negacionista europea de los años 80 del siglo XX, encabezada por el “historiador” inglés David Irving que insistía en negar el Holocausto hasta que fue condenado por los tribunales. Esta vertiente reapareció con fuerza alentada con la llegada al poder de personajes como Donald Trump o Jair Bolsonaro, que se presentaron orgullosamente en sociedad como racistas, misóginos, fascistoides, enemigos declarados de los defensores del medio ambiente y necios negadores del evidente y dramático cambio climático.

Es en este clima es que debemos, quizás más que nunca, enseñar historia dentro de un modelo escolar añejo y en crisis. La crisis del modelo escolar es de vieja data, pero hoy en día presenta signos inequívocos. La segmentación social dentro del sistema educativo, particularmente en las grandes áreas urbanas es impresionante. La escuela pública, hoy alberga fundamentalmente a los estratos sociales más bajos de los sectores populares, a un porcentaje de la clase media empobrecida. Por lo tanto, los diagnósticos sobre el sistema educativo deben hacerse teniendo en cuenta esa fragmentación que determina la calidad del sistema educativo según el estrato social al que se pertenece. No hay “una” educación y no hay “una” escuela sobre la cual teorizar. Pero si podemos decir que el modelo educativo vigente con su modelo expositivo, que brinda un exclusivo protagonismo al docente, como portador del conocimiento y al alumno como receptor pasivo, atrasa décadas. La escuela hace décadas que ha dejado de ser la fuente única del conocimiento para el alumno que tiene a su alcance diversas fuentes de información sobre cada una de las materias dictadas en el sistema formal, particularmente las del área de ciencias sociales. Programas de TV, productos especiales de YouTube y podcasts y últimamente videos de Tik Tok, compiten “deslealmente” con la exposición docente.

Lo primero que deberíamos tener en cuenta es que el acto educativo es dialéctico y que, sin el ida y vuelta necesario, la elaboración de conceptos propios por parte del alumno, que es nuestro principal objetivo, se hace imposible, más allá de las evaluaciones, expresiones efímeras que no reflejan un real conocimiento del tema. Recordemos nuestra épo-

ca de estudiantes lo que nos ocurría, en la mayoría de los casos, cuando terminábamos de dar un examen con el contenido estudiado para el mismo.

Creo que debemos incorporar a nuestra clase todos esos elementos de los que el alumno dispone y sobre todo escuchar sus inquietudes sobre los temas a desarrollar. Ante todo, en nuestra disciplina, cuando hablamos de historia argentina, dejar en claro que aquellos hechos y procesos que a nuestros alumnos le parecerán lejanos y ajenos, ocurrieron en este espacio y no en una galaxia muy, muy lejana. Eso ayudaría a entender la continuidad, que somos producto de lo que fuimos, que nuestro pasado se hace presente condicionando y en algunos casos determinando nuestra cotidianeidad. Y también permitiría discutir ese concepto expresado tan frecuentemente por los medios: “la historia se repite”. Si bien las similitudes entre procesos pasados y presente resultan tentadoras para expresar esa frase, por ejemplo, la crisis de 1890 con la de 1989 o la del 2001, es importante argumentar que la historia nunca se repite, sino que en realidad continúa y que la persistencia de ciertas causas estructurales determina efectos similares en distintos momentos. Pero no es una repetición, es una continuidad que hace necesaria su detección lo que permitirá hablar de los problemas estructurales de la Argentina.